

EL DEBER (1)

(Instrucción á los alumnos del Colegio del Rosario)

Compañeros y amigos:

Ya hemos visto cómo el hombre ha de tener un fin sobre la tierra; cómo ese fin es la felicidad, y por qué es necesario aspirar á la eterna, ya que la temporal perfecta es imposible de conseguir en esta vida. Para lograr un fin determinado, preciso es que exista una regla de conducta que á él nos encamine. Dicha pauta ó norma es lo que se llama la ley. Hablo de ella en toda su extensión; la natural, la divino-positiva, la que procede de la Iglesia, la que de los legítimos poderes civiles emana, la que gobierna el Colegio; toda ley honesta, justa, debidamente promulgada.

El vínculo que ata al hombre con la ley se apellida el DEBER. Los seres irracionales están sujetos á la ley con nexo inquebrantable; el hombre, libre, puede romper las ataduras siempre que le venga en voluntad. Y hoy os exhorto, en nombre de Dios, en nombre de vuestra conciencia, en nombre de vuestro padre cariñoso, de la santa mujer que os llevó en su seno, que os ama con el único amor desinteresado que existe en el orden natural, á que no rompáis las cadenas, las dulces cadenas del DEBER.

Porque es el DEBER el amo á quien debéis servir, el soberano que debéis acatar, el único rey terreno á quien tenéis que rendir vasallaje. El cumplimiento del DEBER ilus-

(1) Esta plática está calcada sobre la Conferencia del P. Víctor Van-Tritch, S. J., sobre el mismo asunto. El predicador, á diferencia del literato y del orador profano, puede, y aun debe, sacar sus asuntos y aun sus frases de los varones eminentes que lo precedieron. La razón es que el sacerdote no se propone ganar gloria, ni enriquecer la ciencia y la literatura, sino hacer bien á las almas. Uno de los elogios que la Iglesia rinde á San Beda el Venerable, es que fue tan respetuoso á la doctrina de los Santos Padres, que reprodujo literalmente sus sentencias en sermones y homilias.

tra, engrandece, santifica. Los sabios, los héroes, los santos, los mártires no fueron sino hombres que supieron cumplir con el DEBER.

Ello exige grandes, dolorosos sacrificios: á veces el de la fortuna, á menudo el de los goces, en ocasiones el de los afectos, alguna vez el de la honra, el de la vida misma. ¡Qué importa! El dueño á quien servimos sabe compensarnos con creces el sacrificio. Como que el DEBER es heraldo de Dios, que paga el ciento por uno.

Un sacerdote joven, recién ordenado, llega á una parroquia campesina de nuestros climas cálidos. Una semana después le avisan que un feligrés suyo está de muerte. Cabalga en la mula que le han llevado, descende la cuesta, llega á las orillas del Bogotá, que baja crecidísimo, hirviente, estrellándose contra los pedrejones enormes del cauce. Para pasar á la otra ribera hay que subir una milla á buscar el puente. Una mujer, desde la opuesta orilla, hace señas—porque las voces no se oyen—de que el enfermo se muere, de que ya no hay tiempo. El Cura se despoja de las ropas, se envuelve la sotana en la cabeza y se arroja al vértice. Diez minutos después, magullado, herido, sale á la ribera oriental, tres cuadras abajo. Vístese, corre descalzo sobre los guijarros, llega, alcanza á dar la postrimera absolución al moribundo, que se lo agradece con expresiva mirada y con el juntar las manos agonizantes. Eso es cumplir con el DEBER (1).

Pero ese ejemplo no basta. Hay la idea—y no protesto contra ella—de que los sacerdotes nos sacrificamos tan sin esfuerzo, como cantan las aves, como murmuran los arroyos. ¿Queréis el ejemplo, no de un clérigo sino de un soldado, inmolado no en aras de la Iglesia, sino en las de la Patria?

En 1813 estaban sitiando los Patriotas la plaza de Puerto Cabello. El Jefe de los nuestros era el Coronel Lu-

(1) Histórico. El Dr. Federico Vergara, Cura entonces de Anapoima, después Canónigo y Vicario General del Arzobispado de Bogotá.

ciano D'Elhuyart, colegial del Rosario, bachiller en Artes y Filosofía; su segundo era el Comandante José María Ortega y Nariño.

Los jefes estaban conversando jovialmente delante del cuartel, cuando oyeron el estampido de una de las bombas que lanzaban los españoles.

“No se oyó sino una voz, la de D'Elhuyart, que gritaba: ‘al suelo!’ y todos se echaron boca abajo para evitar que los cascos de la granada los destruyeran. Sólo quedaron en pie D'Elhuyart, que como jefe no se permitió pensar en él sino en sus compañeros, y el centinela, á quien el DEBER no le permitía abandonar el puesto.

“A pesar de la orden del jefe de la línea, el centinela no se atrevió á violar su consigna: el jefe no era cabo de guardia; y con voz sonora exclamó: ‘Cabo de guardia, una bomba.’ El cabo no contestó, y el valeroso soldado levantó el fusil, y golpeando violentamente la granada: ‘A la espalda,’ exclamó, y en el mismo instante los pedazos de bomba lo lanzaron á gran distancia horriblemente mutilado” (1).

Eso es cumplir con el DEBER.

Mas en los casos anteriores, se expone ó se rinde la existencia sin menoscabo, y antes con aumento de la honra. Y el hombre bien nacido, aunque venga de padres labriegos pero honrados, da por el buen nombre hasta la vida. Mas si, por cumplir con el DEBER, hay que sacrificar el buen nombre?

El ya citado Comandante José María Ortega y Nariño era, en 1840, General de la República y Secretario de Guerra. Acababa de darse la batalla de la *Culebrera* ó *Buenavista*, donde se inmortalizó Neira. El Gobierno vencedor envía una fuerza á perseguir á los revolucionarios, y se la confía al General Francisco de Paula Vélez, el héroe de la Casa-fuerte de Barcelona, valiente entre los valientes, leal entre los leales. Se le insubordina la tropa en el camino;

(1) QUIJANO OTERO, *Biografía del General José María Ortega*.

los torrentes de la cordillera, crecidos por las lluvias, le cierran el paso. Ortega corre, vuela, calma los ánimos, vence los obstáculos, y el ejército llega al pueblo de Nemocón sano y salvo. El enemigo vencido está á dos leguas de distancia; la tropa arde en deseos de perseguirlo; lo más florido de la juventud bogotana, en calidad de voluntarios, va con la División. Al día siguiente el General en Jefe, el Secretario de Guerra dan orden de regresar á Bogotá.

La tormenta se desató furiosa. En los corrillos, en las tertulias, en los periódicos, trataron á Ortega, los más benévulos, de inepto; los más violentos, de traidor, de cobarde, de vendido á los facciosos. ¿Qué había pasado en realidad? Los Generales Ortega y Vélez habían recibido la orden de retirada del General Caycedo, Encargado del Poder Ejecutivo. Y ellos callaron, creyendo que mejor era la pérdida de su reputación que el descrédito del Presidente. Los hijos del General Ortega le rogaban que publicase la orden recibida; Ortega, para evitar nuevas solicitudes, quemó el documento que lo salvaba.

La Historia, que suele ser voz de la justicia divina, ha justificado la conducta de Ortega y de Vélez; y ha mostrado, por pluma tan autorizada como la de D. Pedro Fernández Madrid (1), que el General Caycedo procedió como varón sabio y prudente, no comprometiendo el éxito de la campaña en un combate de dudoso resultado, sino aguardando el refuerzo del ejército del Sur.

Pero nada de eso sabía el General Ortega, quien se resignó á perder la gloria de medio siglo de hazañas en favor de la República, sólo por cumplir con lo que consideraba su DEBER.

Al cumplimiento del DEBER se oponen dos enemigos, que no están fuera, sino dentro de vosotros mismos: la *pasión* y el *respeto humano*.

(1) Rasgos de la vida pública del General Francisco de Paula Vélez—1859—Página 61.

Todos los que habéis cursado la Etica y la Filosofía del Derecho sabéis que pasión es movimiento del apetito sensitivo que inclina (no fuerza) la voluntad al bien sensible. Dón de Dios, inapreciable dádiva, siempre que vaya dirigida por la recta razón. ¿Cuándo fue el vapor obstáculo á la locomotora, la corriente eléctrica inconveniente á la luz del mismo nombre?

Mas el pecado original rebeló el sentido contra la razón. “Vio la mujer que el fruto era hermoso y deleitable á la vista”; hé aquí la concupiscencia de la carne; “se abrirán vuestros ojos”; ved el amor á las vanidades y riquezas; “seréis como Dios”; aquí está el incentivo del orgullo.

Desde entonces la pasión suele rebelarse contra los dictados del entendimiento. Al principio produce *actos* perversos; en seguida, si el acto se repite, tórnase *costumbre*; la costumbre engendra el *hábito*; y el hábito inveterado, la *necesidad* de pecar, según la frase del propio San Agustín. Necesidad, no en el sentido estricto del vocablo, porque el hombre no pierde jamás la libertad; sino en sentido figurado, por lo que comúnmente ocurre. Cuando el Santo habla de *necesidad de pecar*, se refiere á lo que él mismo sentía; y ¿qué mejor prueba de que no existe tal necesidad sino Agustín mismo convertido?

Pero la conversión de un vicioso empedernido es milagro en el orden moral; y Dios no hace milagros cada día: aunque no deje de realizarlos de tarde en tarde. Y ¿cuál será, humanamente hablando, la suerte de un soldado que defiende solo y á media noche una fortaleza contra muchos enemigos, si á cada instante se le van apagando las antorchas y se le van debilitando las fuerzas?

Pues bien: la Fe, la Fisiología, la experiencia demuestran que las pasiones satisfechas oscurecen más y más la razón; aflojan progresivamente los alientos de la voluntad.

¿Habéis caído? No dejéis que los actos se conviertan en costumbre. Si ya la tenéis—no lo creo, ni aun lo temo—

no consintáis en que degeneren en vicio. El velo es aún de gasa; no dejéis que se tupa la urdimbre; las prisiones pesan una libra; no esperéis á que alcancen á quintales.

La pasión no es vuestro más peligroso enemigo. Os conozco; sois buenos, aquí no hay ningún vicioso, ningún perverso. En el caso contrario no estaríais aquí, ó yo me habría ido. El enemigo temible es el respeto humano.

Se ha definido la hipocresía: el homenaje que rinde el vicio á la virtud. El respeto humano es el homenaje que la virtud—aunque una virtud incompleta—tributa al vicio. El respeto humano se traduce en dos frases:

Los demás piensan así, obran así; yo debo pensar y proceder lo mismo.

Si obedezco á mi conciencia, á mi deber, ¿qué dirán?

Noé estuvo contra todos y fue el único que se salvó del Diluvio; San Juan sólo acompañó á Jesucristo al Calvario, y es el discípulo amado del Maestro celestial. Eso en lo divino.

En lo humano, en el siglo XV, Colón, contra el parecer del mundo entero, quiso descubrir el Nuevo Continente, y la América fue descubierta; en el siglo XVIII Nariño, aislado de sus compatriotas, soñó con patria independiente de España, y hoy no somos colonia española.

La multitud unas veces acierta y otras yerra. Acertó cuando dio voces el Domingo de Ramos: ¡Hossana al Hijo de David! Erró cuando clamó el Viernes Santo: ¡Quítalo! ¡Crucifícalo! Al contrario: los Césares, apoyados en el pueblo, quisieron ahogar en sangre el Cristianismo; Constantino, con el querer de la mayoría, puso la cruz en los victoriosos estandartes romanos. Hay una voz que acierta siempre: la voz de la conciencia y del DEBER.

De pronto, cuando uno obedece á ese mandato, se ve abandonado del mundo entero. Corre el tiempo, y la justicia, aunque cojeando—*pede claudó*,—llega por fin. Por no faltar al amigo, al protector, ayer te baldonaron. Mañana los detractores de ayer no te encontrarán suficientemente entusiasta por el hombre á quien acompañaste al Calvario.

¿Qué dirán? Hé ahí la frase de los cobardes. ¿Qué dirán quiénes? No hay acción que no merezca la aprobación de unos, el reproche de otros. ¿Qué dirán? Unos que bueno, otros que malo, cualquiera que sea tu línea de conducta. Ahora bien: yo os digo que vale más el aplauso de los buenos que el de los perversos; el de

Los pocos sabios que en el mundo han sido,

que el de la muchedumbre de los necios; el de vuestra conciencia propia, que el de la inconsciencia ajena; el de Dios, que el de los hombres. Y en el punto de vista terreno, el de la posteridad y la historia que el de las pasiones instables del momento.

“Tomás Moro era canceller y guardasellos de Inglaterra, cuando Enrique VIII, para escaparse del DEBER, imaginó divorciarse de Catalina de Aragón. Ese día el canceller rompió con su amo; y se retiró á su casita de Chelsea, pobre pero en paz con su conciencia y con Dios.

“Ana Bolena, la esposa espuria del Rey, se ofendió por el silencioso retiro del anciano canceller, y se acordó de Herodías.

“A los dos años se impuso al noble desterrado el juramento de fidelidad, *en lo espiritual*, al monarca. Este juramento era contrario á su conciencia.... Lo encerraron en la Torre de Londres.”

Allí llegó á verle su hija Margarita, el amor de su alma. Ella, que no tenía el temple de alma de su padre, osó rogarle que cediese á las voluntades del Rey. “Padre! le dijo, váis á morir inocente?” Y Tomás le repuso: “¿Y querías que muriese culpado?”

Le condenaron al último suplicio. “Al pie del cadalso se detuvo para orar, después subió con paso firme, abrazó al verdugo, inclinó la cabeza, y cayó el hacha.

“Más de tres siglos han pasado; la Iglesia ha recogido aquella sangre y aquel cadáver; lo ha colocado sobre los altares, y los fieles de todo el mundo, postrados ante las

reliquias de aquel siervo del DEBER, se inclinan diciendo :
 ‘Beato Tomás Moro, ruéga por nosotros.’

“Yo quisiera saber quién es el hombre de corazón libre y honrado que se descubra ante la tumba de Enrique VIII, que vaya á besar el polvo de aquella mujerzuela que se llamó Ana Bolena” (1).

R. M. CARRASQUILLA

Abril, 1909.

MES DE MARÍA

Con entusiasmo cariñoso y espontáneo han festejado los estudiantes del Rosario el tradicional Mes de María, tan poético, tan dulce; expresión del amor á la Madre celestial. Todos los días estuvo el altar adornado de frescas flores, se alzó de la nave el canto de las letanías á la Virgen; todas las mañanas se acercó á la mesa de la comunión un grupo de jóvenes.

¡Cómo hemos pedido á Dios, por intercesión de nuestra amada *Bordadita*, por nuestros padres, por la amada Patria, por nosotros mismos, para que nos haga buenos servidores del deber, defensores de la verdad y la justicia, herederos de los fundadores de la República, que se sentaron hace más de un siglo en estos mismos bancos y elevaron á Dios estas mismas oraciones!

El pedestal para el monumento á nuestro Fundador va avanzado; y la estatua ya salió de Honda para Bogotá.

La Virgen del Rosario sigue protegiendo su Colegio: ella no lo abandonará jamás.

(1) P. Victor Van Tricht.